

## *Semblanza de Ramón Eder: “Ironías del destino”*

Manuel Neila

LA mayor parte de los aforistas muestran una inclinación ética o moral; es decir, se ocupan de las costumbres, los caracteres, y las maneras de vivir y de actuar. Ahora bien, dependiendo del carácter y la formación de cada quien, unos discurren por la vertiente de la ética, mientras que otros lo hacen por la ladera de la moral, dando a estos términos el sentido que les confiere André Comte-Sponville en su personal *Diccionario Filosófico* (2001). En el primer caso, se recurre a un discurso normativo o imperativo, sustentado en el Bien y el Mal como valores absolutos o trascendentes; mientras que en el segundo se busca un discurso normativo pero no imperativo, resultado de la oposición entre lo *bueno* y lo *malo* como valores sencillamente relativos. La moral, que responde a la pregunta “¿Qué debo hacer?”, está formada por un conjunto de deberes, obligaciones y prohibiciones; la ética, a la pregunta: “¿Cómo vivir?”, y está configurada por un conjunto jerarquizado de conocimientos y elecciones personales.

Ramón Eder (Lumbier, Navarra, 1952) es un aforista singular, incómodo y necesario. Estudió filosofía en la Universidad de Vicennes, y no ha mostrado hasta la fecha el menor interés por los géneros literarios mejor vendidos, como la novela de mercado o el ensayo de divulgación. Cuando consigue interesarse por alguno de los géneros históricos, como pueden ser la poesía lírica (*Axaxaxas Mlō, Lágrimas de cocodrilo*) o el relato breve (*La mitad es más que el todo*), lo hace con actitud irónica y con ánimo intempestivo. Desde hace algunos años cultiva con innegable fortuna el género aforístico, al que pertenecen los volúmenes: *Hablando en plata* (2001), *Ironías* (2007), *La vida ondulante* (2012) —en el que añade *Pompas de jabón* a los dos libros anteriores—. A partir de ese momento, sus colecciones de aforismos se multiplican: *El cuaderno francés* (2012), *Relámpagos* (2013), *Aire de comedia* (2015), *Ironías* (2016) —que agrupa *La vida ondulante*, *Aire de comedia*, y *Aforismos del Bidasoa*—, *Palmeras solitarias* (2018), *Pequeña galaxia. Sobre el aforismo* (2018), *El simétrico milagro* (2019), *El oráculo irónico* (2019) y *Cafés de techos altos* (2020).

Este escritor navarro es todo lo contrario de un aforista convencional, pues conoce los mecanismos del pensamiento breve, al igual que los riesgos que acechan a esta modalidad expresiva, como advierte en algunos de sus escritos, sobre todo en el aparecido en la revista *Claves de razón práctica* (2012), y como ratifica en el Epílogo con que cierra *Ironías*, titulado “Elogio del aforismo”. Para Ramón Eder, el aforismo moderno es una

forma de expresión breve, concentrada y cerrada, con visos de agudeza y pretensión de veracidad. O a su modo: “el aforismo es una manera de pensar sintética y ligeramente poética que se expresa con las mínimas palabras posibles”. Y concluye con tino: “pero también es una manera de decir crítica y radical de tendencia ilustrada que no excluye la paradoja y que se opone a las rutinas mentales”.

Entre los aforismos agavillados por Ramón Eder predominan los de inclinación ética o de costumbres, en la línea de Juan Varo, Carlos Marzal o José Luis Gallero, aunque tampoco escasean los dichos metafóricos o literarios. La “ironía” se manifiesta, además de hacerlo como figura de pensamiento, mediante el empleo de una amplia serie de recursos estilísticos, como pueden ser: las expresiones coloquiales, los fragmentos de conversaciones, los juegos de palabras o las variaciones humorísticas sobre frases hechas. Repárese en los siguientes ejemplos: “Muchos novelistas son poetas que quieren llegar a fin de mes”. “¡El horror! ¡El horror!, de acuerdo, pero con paréntesis de dicha”. “Nunca los esclavos han tenido tanta libertad como hoy en día”. “El que se duerme en los laureles se despierta en un campo de minas”.

Pero el autor de *Ironías* sabe que el rasgo particular, distintivo del pensamiento aforístico moderno es, sin ningún género de dudas, su carácter metafórico o figurado; de hecho, la personalización y la fragmentación del pensamiento son rasgos esencialmente poéticos. Ese “carácter figurado” se manifiesta aquí mediante el empleo de un lenguaje con cualidades propias del discurso poético y la utilización de una gama amplia de tropos, como pueden ser: la comparación, la metáfora, la personificación o la correspondencia. Repárese, al respecto, en los aforismos siguientes: “Algunos escritores escriben como secretarías de su voluntad de poder”. “Un buen aforismo es un relámpago en las tinieblas”. “A veces el espejo nos echa un sermón”. “Muchas veces he intentado echar raíces, pero siempre me lo han impedido las alas”.

Ramón Eder no conseguirá ser, a lo que parece, un prolífico escritor de *best seller*. El camino emprendido le lleva por otros derroteros menos exitosos y transitados. Lo que no le impide mostrarse como una conciencia vigilante, como un humilde y honesto formador de librepensadores. “Porque los escritores de aforismos, más que buscar la verdad, como arqueros lanzan sus flechas contra las mentiras sociales, religiosas, literarias, políticas o religiosas”. Y esto, ya se sabe, no interesa a nadie. O mejor: sólo interesa a quienes persisten en el empeño de pensar por sí mismo acerca de los grandes temas de la experiencia humana. En cualquier caso, a Ramón Eder no le coge

desprevenido este hecho; por eso advierte: “Si perturbas la rutina mental de tus contemporáneos, no esperes sinecuras, ni palmadillas en la espalda”.